

DUELO NACIONAL POR JOSE BELLONI

*Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.*

*Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.*

Antonio MACHADO

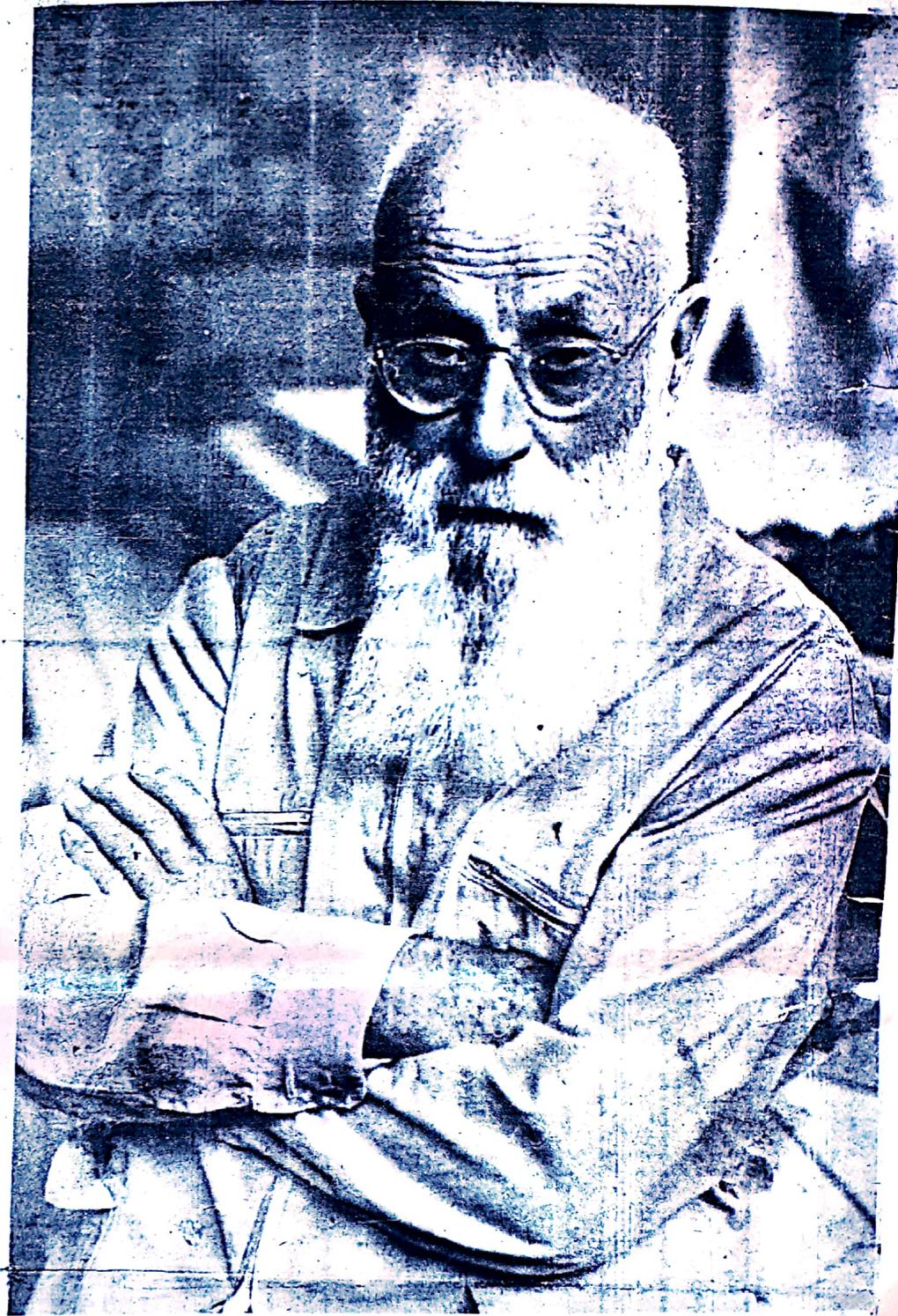
LE despedimos con la pena profunda, con que se dice adiós a los seres irremplazables. Don José Belloni, en la erguida ancianidad que le aureolaba de pureza, había llegado a esa altura desde la cual se puede contemplar serenamente la vida, pero sin perder contacto con ella, cordial y humanísimo, tierno y generoso, con algo de profeta o de patriarca. Fue un ejemplo, una lección, una conducta, un hombre de los que engrandecen su país y su época, un emblema de respeto, decoro y salud moral, nutrido de devociones e ideales, perpetuo convicto y confeso de ensueños y obras nuevas, que planeaba como si el mañana fuera cosa segura y le perteneciese. Se renovaba en el trabajo, esa constante y empeñosa búsqueda de las formas artísticas, a la que se lanzaba cada día, canturreando bajito frente al caballete, con los dones de una privilegiada energía que asumía apariencias de milagrosa juventud.

No hace al caso ahora la valoración estética de su obra. Bien sabemos que su celebridad dio la vuelta al mundo, y que *La Carreta* se convirtió desde hace largos lustros para el extranjero, en una de las alegorías ciudadanas más típicas del Uruguay. Bronces ennoblecidos por el fuego apasionado e íntegro que puso en ellos — que justifican la lograda frase del gran poeta Emilio C. Tacconi, entrañablemente querido por el Maestro: "Nos dio, en bronce, el alma de la patria. Le devolvemos, en oro, el corazón del pueblo" — quedan por la ciudad como testimonios de un quehacer infatigable, que se dio cada mañana a la tarea de su destino. *La Diligencia*, el alegórico monumento a Rodó, *Nuevos Rumbos*, la estela a María Eugenia Vaz Ferreira, el monumento a Blanes, y tantos más, jalonan el itinerario de una existencia pura y recta. Y cuando se empiece el último, que no ha llegado a ver, aprendan los más jóvenes, en *El Entrevero*, la última enseñanza del ilustre escultor, que rondando ya los 80 años, trepaba al amanecer sobre los andamios, para empezar temprano la jornada, porque no tiene perdón dilapidar el tiempo. Aprendan en él, la tenacidad, la constancia, la obediencia y la disciplina, esas virtudes que son los puntales del talento, pues el genio solo, nada puede construir.

Más allá de su arte, hubo en Belloni una conciencia vigilante, un hombre apto para todos los reclamos superiores de la sensibilidad y la inteligencia, un democrata cabal, una rectitud insobornable, un sólido sentido de responsabilidad. Su profundo conocimiento del alma humana no le había vuelto desconfiado ni cauteloso, y brindaba sin retaceos una cordialidad amparadora. Había en su presencia el atractivo de la simpatía que fluía de su vez venerable como un luminoso y transparente resplandor, al igual que esos árboles añosos que en cada primavera siguen echando gajos nuevos y poblándose de trinos.

Muchas veces le oímos reconstruir su infancia, evocar a su madre, revivir su juventud enfermiza que hacía pronosticarle corta vida, sus años de estudio y de trabajo, sus viajes, el ejemplo austero de su padre suizo, de quien conservó hasta morir un primoroso marco orlado de semillas, único resto de un juego de muebles que era alarde de paciencia, hecho en las horas libres que le dejaba su tarea en el jardín de un poeta, Aurelio Berro, en la quinta señorial que hoy es la sede de la Embajada Argentina. En ella, la ceremonia que clausuró la breve carrera de inusitado embajador de aquel otro inolvidable que fue Alfredo L. Palacios, fue la de colocar una placa en la casita del jardinero, aludiendo al nacimiento, en la misma, del insigne uruguayo. Hombres y nombres grandes en la historia de un país, de esos que son representación de su tiempo, cómo no dolernos de su partida, cuando estamos cada vez más necesitados de su grandeza y su consejo, en una hora desorientada que se va despoblando con tales ausencias?

Y cómo no acongojarnos con la muerte de Belloni, nuestro Belloni, amigo nuestro de todos los días, que tuvo el don de la cordialidad y del afecto, que se prodigaba en la caballeresca finura del ademán



galano, de la flor oportuna, de la palabra estimulante, de la frase lírica y fresca, de la anchura del corazón? Sabíamos que estaba ahí, de nuestro alcance, fuerte, poderoso, risueño, con un oculto sentido del humor que era seria travesura tras las barbas caudalosas, mano recia que los años no ablandaron, siempre tendida con la abierta bonhomía insustituible de quien fue, para sus amigos, el mejor amigo. Porque la amistad fue en él, culto celoso y consecuente, y jamás defraudó la fe, la nobleza, la claridad espiritual que esperábamos de él.

No podía morir. Nunca lo asociamos a esa idea. Parecía ajeno a la muerte, como si ésta no pudiera alcanzarle nunca, ajeno a la caducidad y la destrucción, incorporado en la majestad sin tiempo de su fortaleza física y de su fortaleza moral. Le seguimos viendo siempre, con su risa escondida tras la selva canosa de las barbas, por su casona de ámbito recogido, por cuyas habitaciones vibra invisible el espíritu de Ariel, tan amigo suyo, presidiendo el taller que le vio muchas décadas, como infatigable demiurgo, alzando hacia la realidad de las cosas concretas

y perdurables, el mundo cambiante y fugitivo de las formas.

Se fue sereno, dormido al caer la tarde de verano, mientras fuera, en la entrada de la casa, una leyenda de ecuménico amor proclama el sentimiento solidario que le enraizó en la vida: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"; en medio del jardín hospitalario, jubiloso de plantas y árboles que tantas veces le dieron su sombra, del cual nos llegaban tantas flores con una cinta y una frase acunada en afecto y poesía. Jardín extrañamente quieto, extrañamente desierto, ahora, como ha quedado el pecho entristecido de sus amigos fieles.

Mi querido Belloni, inolvidable, bondadoso, puro y recto: un último beso sobre la sien en fuga. Y aquellos versos limpios de Machado:

*¿Murió? Sólo sabemos
que se nos fue por una serda clara...*

Dora Isella RUSSELL

Montevideo, 28/XI/1965

(Especial para EL DIA)